

el espíritu verdadero e inmortal de un gran pueblo que puso en su hora sobre la frente de sus monarcas una corona universal, que usó majestuoso idioma y honró a un mundo que Dios guardaba en los pliegues de su gran manto tempestuoso.

Nada más oportuna que esta ocasión que se ofrece a los pueblos de América para pensar así sinceramente en la verdad de sus destinos y en la necesidad de realizarlos gallardamente junto con la nación que les dió alma y fuerza y doctrina, y nada más oportuno también que este instante benigno, para elevar una expresión generosa y leal de gratitud, de los hijos a la madre, y hacer promesa de que estos pueblos sean algún día un gran solo pueblo por la comunidad de intereses supe-

riores que siempre serán los del espíritu, que tengan una gran causa civilizadora y que participen de las mismas glorias y que un solo salmo sea el suyo. Que en ellos, engrandecidos, ennoblecidos y purificados, la humanidad tenga una expresión vigorosa de sus mejores anhelos y que haya en el mundo una conciencia hispano americana, formada no por el egoísmo ni para el egoísmo, no para batallas inútiles, sino para competencia ilustre y digna, y para ponerla frente a frente de la conciencia de los pueblos preclaros de la tierra. Una conciencia hispano americana para la libertad, para la justicia, para la civilización.

RÓMULO TOVAR

Judit la vengadora

UNA breve nota histórica—al margen de una obra teatral. Se han publicado recientemente dos traducciones de la tragedia alemana *Judit*; el autor de *Judit* es Federico Hebbel. Una de las traducciones—excelente—la ha hecho Ramón María Tenreiro; la otra (*) que no hemos leído todavía, se debe a los señores Baeza y Rosenberg. Conocida es la historia de Judit; sobre ella está tejida la tragedia alemana. Una mujer, hermosa, integérrima, para salvar a su pueblo, entra en amores con un déspota; ya enamorado, apasionado de la beldad el tirano, la abnegada mujer aprovecha una ocasión y mata a su amante.

¿Qué asociaciones de ideas despierta en nuestro espíritu la tragedia de Judit? La lectura de una página, la contemplación de un cuadro nos llevan espiritualmente—a menudo—muy lejos de la página leída o del cuadro contemplado. Días atrás releíamos las memorias de Enrique Rochefort; en el primer volumen tropezamos con el nombre de Judit. Tropezamos con el nombre de Judit a propósito del segundo Imperio napoleónico y de Napoleón III. Rochefort fué un adversario decidido y tenaz del régimen político del segundo Imperio. No tuvo Luis Napoleón un adversario más enconado que Rochefort. Sin embargo—decía Rochefort—, yo amo el Imperio; yo soy bonapartista. ¿De qué Napoleón soy yo partidario? Del II. No cabe duda—añadía el gran satírico—de que ha habido un Napoleón II, puesto que ha habido uno I y hay ahora otro III.

Pero el reinado del II ha sido el más dichoso, el más espléndido, el más próspero. ¡Qué reinado, amigos míos, qué reinado! ¡Ni contribuciones, ni guerras inútiles con sus devastaciones y dolores, ni expediciones lejanas en las que se gastan millones para ganar siete pesetas, ni listas civiles devorantes, ni personajes y funcionarios que acaparan sueldos y más sueldos! «Napoleón II es mi ideal en cuanto a Monarca; es el dechado de los Monarcas. Yo admiro con entusiasmo a Napoleón II.»

Admirar a Napoleón II era algo más que admirar a nuestro Luis I, hijo de Felipe V., el infortunado mancebo que apenas reinó un año. Rochefort empleaba todos los medios—la sátira, el sarcasmo, la ironía—para combatir a Luis Napoleón. En realidad, toda la hostilidad que el Imperio suscitaba en Francia giraba en torno al nombre de Rochefort. Las izquierdas, los republicanos, habían llegado a crear una especialísima Policía, que tenía por misión el observar todo lo que hacía el Emperador y el seguirle a todas partes. La Policía verdadera trataba de guardar la persona de Luis Napoleón; pero la contrapolicía republicana estaba allí vigilante, atenta, para conocer los pasos y devaneos del Emperador y divulgarlos luego. Lo cuenta el mismo Rochefort en estas interesantísimas *Aventuras de mi vida*. Y relacionada con esa Policía singularísima, Rochefort relata los incidentes de un complot que se tramó contra el Emperador. Luis Napoleón tenía una amiga predilecta: la condesa de Castiglioni. Por las noches, el Emperador solía ir, recatadamente, a visitarla. Conocían estas visitas los jóvenes que formaban

la Policía de que hemos hablado. Un día idearon un proyecto peligroso y terrible. «Gracias a la vigilancia clandestina ejercida alrededor de las Tullerías—dice Rochefort—se supo que Napoleón III iba algunas noches a casa de la condesa, porque la principal molestia reservada a los Monarcas es la extremada dificultad que encuentran para recibir ellos en su casa a sus amigas.» El proyecto de los jóvenes republicanos tenía a la vez algo de comedia carnavalesca y de espantosa tragedia. Una noche en la puerta de la condesa apareció uno de esos carros especiales de limpieza que sirven para la higienización de los pozos negros. Eran esos carros entonces corrientes en París; no se conocía otro sistema de higiene. Alrededor del carro se veían cuatro o seis obreros, vestidos como todos los obreros dedicados a esa faena. Allí esperaban sin duda el momento de hacer la limpieza. El paraje era poco frecuentado, y los raros transeuntes que pasaban no fijaban su atención en el carro ni en los obreros... Tres noches se repitió la escena. Luis Napoleón no acudió ninguna de esas noches a visitar a su amiga. ¿Qué había ocurrido? ¿Se trataba de un aviso al Emperador dado por la Policía verdadera? No; los jóvenes republicanos lo habían previsto todo: el plan estaba minuciosamente estudiado. Pero en la previsión de los jóvenes antibonapartistas no había entrado el que el Emperador pudiese romper las relaciones, bruscamente, con su amiga. Y eso es lo que ocurrió: Napoleón III, que gustaba de ir de flor en flor, de la noche a la mañana, pasó de esta femenina amistad a otra femenina amistad.

Si el Emperador hubiera ido una de aquellas noches a visitar a la condesa de Castiglione, repentinamente, silenciosamente, los simulados obreros de la limpieza lo hubieran amordazado y se lo hubieran llevado en el carro... Uno de los conspiradores le contó más tarde todos los detalles del complot al mismo Rochefort. La noticia de la aventura se extendió vagamente por París. Se dijo que la condesa Castiglione estaba en el secreto. Se añadía que, «patriota exaltada, sus ojos no eran sino el señuelo de un lazo que ella había tendido al enemigo, que hacía ocupar la capital de Italia por una guarnición francesa.»

Se alude con estas últimas palabras a la intervención de Francia en Roma. Pero la suposición era falsa. Esta hipótesis—dice Rochefort—que hubiera asimilado a una Judit a la condesa de Castiglione, a una Judit que ofrece su honor a cambio de la muerte de Holofernes, era completamente errónea. Era errónea; pero lógica y verosímil. La aventura, con todo, es una lección. Cuando hay asuntos internacionales

(*) Querido García Monge: Azorín es inimitable. Con esto quiere decir (lo comprende todo Madrid literario,) que la trad. de Baeza es abominable.—ALFONSO REYES.